IV.

EL PRACTICANTE.

Maese Rowley cerró cuidadosamente la trampa por donde se habia introducido la luz de su linterna, y despues dejó caer sobre aquella una punta de la alfombra, que ocultó enteramente el agujero.

El practicante habitaba el segundo piso de la casa del doctor Moore, y su cuarto, como su persona, eran bien feos a la vista. Una multitud inmensa de potes de todas dimensiones, la mayor parte cubierta de polvo, daban a la habitacion un aspecto mas particular que seductor, ecshalando ademas uu perfume de farmacopea tan acre y fuerte que podria envenenar a un hombre por la nariz.

No puede decirse con verdad que maese Rowley engruesara en aquella atmósfera pestilente, pnes estaba flaco y nudoso y como uua cepa de viña en invierno; pero sin embargo lo pasaba a maravilla. Aquel olor infame de drogas y de preparaciones diabólicas, afectaban muy agradablemente sus narices apapagayadas. La vista de tantos potes empolvados regocijaba sus ojos pardos ocultos tras unas antiparras. Era su arsenal y su biblioteca, al mismo tiempo que su bodega, porque Rowley ponia la ginebra en las botellas de medicina, y nunca bebia mas a gusto que cuando metia en su boca descomunal el cuello de un frasco cuyo rótulo decia: *Láudano ácido hidrociánico* ó algun otro título infernal.

En su cuarto no habia otro libro que el *Tosico-logical, Entretenimientos* del doctor Venom. Este volúmen de que acaso han oido hablar nuestros lectores, bajo el modesto título de *Recreaciones Tosicologicales*, enseña a conocer los gatos, ratones, topos y anguilas, y si se ofrece, los hombres.

Rowley leia todas las noches un capítulo antes de acostarse, lo que le ayudaba a dormirse, como hubiera podido hacerlo una oda en honor de Wellington ó un discurso impreso de lord Stanley.

Aquel flaco y amarillo bribon era la farmacia y el veneno personificados. Encontrábase disgustado al aire libre y solo respiraba a su placer en una atmósfera viciada: si es cierto, como se dice, que hay personas incombustibles, creemos que maese Rowley estaba de prueba a veneno, y que se hubiera tragado un bifstek salpicado de arsénico en vez de pimienta.

El doctor Moore le habia encargado especialmente la guarda de Clara Mac Farlane, previniéndole que la tuviese dos dias a rigurosa dieta, y como eran ya pasados, quiso Rowley observar a la cautiva.

La vista de Clara tendida sobre la paja de su calabozo no produjo en él la mas mínima impresion. Era esto harto sencillo para que pudiese sorprenderle, puesto que en sus provisiones debia suceder así.

Eligió, pues, en su arsenal media docena de potes y bajó al gabinete del doctor, pero este habia salido. Moore

no dejaba penetrar, por mil motivos, alma viviente durante su ausencia en el santuario de sus sábios y tenebrosos trabajos; pero Rowley, especie de cuerpo sin alma, era una escepcion, porque ademas pertenecia enteramente a Moore, al que amaba en razon de su veneno, como habria amado a una serpiente de cascabel.

—Es unà cosa bastante delicada, murmuró encaminàndose al gabinete. ¡Perder cien guineas de este modo!.... pero ¿por qué las ha dado? La habria podido tener por cincuenta.... ¡y cuàntas buenas cosas hubieran podido comprarse con las otras cincuenta!

Maese Rowley atravesó el gabinete del doctor y abrió una puerta que girò con facilidad sobre sus goznes sin hacer el menor ruido: esta puerta estaba muy cerca de la que daba entrada a la prision de Clara.

El practicante llevaba la linterna en la mano, la cual daba luz a la pequeña pieza donde entró, que estaba contigua al gabinete particular del doctor, y preparada evidentemente para el uso que se la hacia servir de tres dias a aquella parte. Como queda dicho, las paredes de aquel cuartito estaban forradas con colchones, sin tener mas muebles que un pequeño banquillo.

Añadirémos tan solo que la tela que sostenia la lana a lo largo de las paredes, era negra, con el fin sin duda de evitar todo rayo de luz interior.

Era perfectamente una tumba, y la luz de la linterna absorbida de todas partes por aquella negrura, parecia no tener la facultad de alumbrar; solo se veia el blanco rostro de Clara medio encubierto con su hermosa cabellera.

Rowley puso la linterna sobre el banquillo y se acercò a Clara.

—Buenos dias, hija mia, buenos dias, le dijo; a fé mia

que teneis hermosos cabellos....y preciosos dientes.... !Pero cien guineas!.... Al fin, eso no me importa....Lo cierto es que este diablo de calabozo tiene poc de agradable.

Y pasò la vista al rededor del cuarto.

—Por lo demas, continuó, ¡está forrado de buena tela negra, de que podria haberse hecho un fraque, un chaleco y un pantalon! De la lana que hay dentro tambien saldrian seis buenas almohadas.... Todo eso es dinero....

—Vamos, hija mia, vamos, continuò despues de estas reflecsiones econòmicas; ¿estais desmayada?.... ¡hola!.... el corazoncito parece que apénas late.... vuestro resuello haria andar un molino de viento.... vamos, tambien, hija mia, respirad alguna cosa que pueda haceros volver en vos.

Y despues de oler él todos los frasquillos, con una evidente satisfaccion, concluyó por aplicar uno destapado a las narices de Clara.

Sin duda era alguna preparacion muy activa, porquo la jóven dió en seguida un dèbil suspiro, cerrando convulsivamente las manos.

—¡Bien, bien, hija mia! murmuró Rowley, que habia tenido la precaucion de cerrarle los ojos; ¿quereis tomar un bocado?

Clara habia recaido en su inmobilidad.

—El que calla otorga, continuó el practicante, y a la verdad, hija mia, debeis tener apetito.... Esperadme un instante.

Tomó su linterna y salió del cuarto, volviendo en seguida con un pedazo de pan.

—¿Quereis morir, hija mia? dijo a Clara, que no le oyó.

Y le puso el pedazo de pan en la mano.

Despues volvió a aplicarle el frasquillo a las narices.

—Al despertarse va a perder su comida, es seguro, dijo entre sí; pero ella la buscará....Vamos, hija mia.

Clara se agitó en un débil estremecimiento y en seguida abrió los ojos, lo que visto por Rowley apagó con prontitud la luz de su linterna.

—¡Oh, Dios mio! ¡he creido que veia!.... murmurò la reclusa.

En esto oyó el ruido de una puerta que cerraban, y todo quedó de nuevo en el mas profundo silencio.

Escitada por este ruido, el primero que habia oido en tres dias, tuvo la fuerza de arrojarse al sitio de donde le pareció que venia; pero solo encontró el uniforme colchon que por todas partes cubria la pared.

—¡Es todavía un sueño! dijo entre sí volviendo a caer anonadada.

Rowley subió a su cuarto y abrió despacito la trampa

—Es seguro que habria perdido su comida, murmuraba, siguiendo en la idea de hacia un instante; y sin embargo, mucha falta le hace.... Confieso que me hallo muy perplejo.

El practicante se rascó la oreja durante un segundo, a imitacion de los grandes talentos cuando conciben un plan.

En seguida dijo en voz baja:

—¡Buscad, hija mia, buscad!.... Dios que da el alimento a las aves, ha puesto a vuestros pies un pedazo de pan....

Clara levantó vivamente la cabeza y vió encima de ella una claridad indecisa, que desapareció en seguida, porque en el mismo momento se cerraba la trampa.

Maese Rowley no habia calculado el efecto de este golpe teatral.

Piadosa hasta la ecsaltacion y educada en las místicas creencias de la devocion escocesa, Clara Mac Farlane tomó al piè de la letra las palabras de aquella voz desconocida que la llegaba desde arriba. Toda su ardiente devocion, dormida un instante por el desaliento, se despertó derrepente en su interior, y la pobre niña se arrepintiò amargamente de haber desesperado, rogando a Dios desde el fondo de su corazon con confianza y amor.

En seguida buscó a tientas por el suelo el pan milagroso.

Encontrólo, y se arrodilló para dar gracias a la divina mano que la socorria. Reanimada su fé, mas por la plegaria, que por el insuficiente alimento, àvidamente devorado despues de tan largo ayuno, se halló mas tranquila.

Alejadas de su mente las visiones terribles ó locas, casi habia cesado su terror: la idea del cielo alumbraba el oscuro calabozo y Dios poblaba su soledad.

Si en aquel momento hubiera penetrado en la prision de Clara un rayo de luz de la linterna sorda de maese Rowley, no habria podido menos de sorprenderse el ayudante envenenador del efecto que produjo su pedazo de pan!

Clara Mac Farlane se sentó en el suelo y apoyaba su espalda en la pared forrada de su calabozo como en el respaldo de su sillon. Estaba aún muy pálida; pero su fisonomía se hallaba enteramente tranquila. Elevados sus ojos al cielo, reflejaban una esperanza pura y religiosa, y por esperanza no entendemos nosotros ese sentimiento a que las aspiraciones humanas llevan su objeto en este mundo.

Clara creia que estaba condenada a morir, y su esperanza era superior a las cosas de la vida, siendo como un presentimiento imperfecto de la quietud santa y sin lími-

tes que precede en el justo, a las agonías de la hora postrera.

Aquel reposo durò muchas horas, que Clara empleó en rogar, hasta que sintió que su corazon se agitaba con violencia, turbando con interrupciones profanas la santa voz de su oracion.

Clara conoció que estaba prócsima a recaer en la lucha terrible en que le habia faltado tan poco para sucumbir, y levantándose con valor ante el suplicio, se aprestó al combate.

En efecto, la grande debilidad que oprimia fatalmente el alma de la infeliz reclusa, unida al silencio, las tinieblas y la soledad, trageron de nuevo a su mente la imágen de Eduardo, siempre bello é imperioso, ¡ah! ¡siempre amado! Clara volvia la cabeza; pero a cualquier lado que dirigiese sus fascinados ojos allí encontraba a Eduardo; suspendiala este con la atraccion de su sonrisa, volviéndola aún loca é interponiéndose entre ella y Dios.

Fué esta una lucha terrible cuyos detalles no podrian contarse. Todas las torturas imaginables agobiaban aquel pobre corazon que debia cesar de latir muy pronto. Acordábase de su sueño y veia aún la sombra de su hermana entre ella y este hombre, que tenia esclavizada su mente de tal modo, que en vano luchaba el cielo para hacérselo olvidar.

—¡Oh! ¡Cuàn bello y digno de amor era! ¡Còmo dominaba su altiva cabeza el vulgar nivel de la multitud! ¡còmo engañaba su mirada! ¡qué sonrisa tan seductora!

En vano queria resistir Clara cuando la primera mirada de Eduardo la habia vencido de tal modo; pero su derrota cambia entónces de aspectoba. Ahora no se lanzaba hácia su vencedor con el ardiente arrebato de antes,

ni le llamaba con todos los votos de su alma, creyéndose dichosa en pecar, teniéndole por còmplice, y feliz tambien perdiéndose con él.

Su pena era en este momento austera y grave.

Al mismo tiempo que cedia, esperimentaba arrepentimiento, y al amarle sentia no poder obrar de otro modo. En medio de su fatal ecsistencia, volvia a intervalos enérgicamente a Dios. Prolongábase la lucha despues de la derrota, y esta vez no se reconciliaba Clara con su debilidad.

Y así, como no tenia ya los arrebatos de delirio, tampoco sentia desesperacion. Su hermana Ana le era siempre querida, siendo impotentes sus celos a falsear su ternura.

¡Ana! este nombre amado hubiera sido, como el nombre de Dios, un escudo contra el obstinado ataque del amor, si el amor no hubiese llegado en el corazen de Clara a proporciones estraordinarias. Pero la pobre niña amaba tan apasionadamente que todo se borraba ante su ternura.

Volvia el hambre.... el hambre y la estenuacion, y con esto reaparecian los síntomas principales de su fiebre nerviosa; pero dominando el abatimiento, hubo un momento de tregua en que Clara cerró los ojos y se durmió, cayendo en ese sueño penoso que sin dejarnos reposar prolonga el tèdio del desvelo.

El doctor Moore tardaba mucho. ¿Quién sabe si Clara debia despertarse de aquel doloroso y mórbido sueño? Pero el doctor pasaba mucha parte del tiempo en Irish-House, en donde hacia cuidadosamente el inventario del gabinete secreto del marques de Rio Santo.

Rowley habia inventado una preparacion nueva, absolutamente nueva, que mataba un perro de cuatro meses

en tres segundos, cinco terceros y una fraccion insignificante: y el practicante inferia de esto que su pocion debia matar a un hombre en un cuarto de minuto. Era un precioso resultado por el que perdia la cabeza Rowley.

Clara se despertó sin embargo, y se encontró acostada en una cama sobre la que se cruzaban unas cortinas de damasco oscuro, en un cuarto desconocido, alumbrado débilmente por un velon con pantalla, colocado sobre un velador a bastante distancia de la cama. Delante de esta habia una ventana por cuyos cristales pasaba un rayo oblicuo de la luna, que dominando la luz mortecina del velon trazaba una línea blanquizca en la alfombra.

Cerca del velador estaba sentado un hombre, vuelto de espaldas a Clara y que hojeaba lentamente un libro en cuarto.

Este hombre tenia una grande calva, sobre la cual se deslizaba la luna, cayendo sobre las sienes dos espesas guedejas de cabellos largos.

Desde la cama, y que solo le podia ver de perfil, se distinguia una megilla flaca, una nariz apapagayada, una parte de la ceja y un estremo de las antiparras.

Apénas pudo ver Clara todas estas cosas: la habia despertado el hambre, y poniendo ambas manos sobre su pecho ardiente, esclamó:

—¡Dios mio! ¡Cuànto sufro!

El hombre, que leia, puso una señal en su libro, que era el tomo segundo de los entretenimientos del Tosicological, y se volvió hácia la cama, mostrando de lleno la faz de ahorcado de maese Rowley el practicante.

—¡Ah! ¡rayo! respondió; hija mia, ¿decís que sufrís?.... Y bien, pichona, pronto tendréis un médico.... y un famoso médico....

—¡Pan! murmuró Clara; en nombre del cielo, ¡señor, dadme un poco de pan!....

—¡Va, va, va! esclamó Rowley; ¡pan, hija mia!.... Nosotros no damos así el pan a nuestros enfermos....

Las ideas de Clara se coordinaron un poco en este momento, y quiso preguntar en donde se encontraba, pero no pudo ya pronunciar una palabra.

Rowley se acercó a la cama con el velon en la mano y puso en la de Clara el volúmen de las *Recreaciones Tosicologicales.*

La pobre niña cerró los ojos, acostumbrados a la oscuridad y Rowley la contempló un instante.

—¡Muy fuerte es la muchacha! dijo al fin con conviccion: ¡es fuerte en esceso!.... Estoy seguro de que una dósis sencilla de làudano no bastaria quizá....

Y se interrumpió para sonreirse.

—¡Va, va, va! continuó alzando los hombros; el làudano es una antigualla.... ¿Dònde voy a buscar el làudano?.... ¡Ah! quisiera ensayar en alguno mi descubrimiento.... ¡tres segundos, cinco tercios y una fraccion!...

Los labios de Clara se ponian blancos y temblaban sus pàrpados.

—¡Oh! esclamó maese Rowley volviendo a meterse en el bolsillo un frasquillo que habia sacado y que acariciaba hacia algunos instantes con amor; he aquí una crísis que va a sufrir la muchacha.... Esto es asunto del doctor.